

ASENSIO AGUILERA, José María (2013) *Educación y vida: Un encuentro imprescindible*. Barcelona, Octaedro.

Este libro parte del análisis crítico de la educación del ayer y del presente, para adentrarse en las propuestas pedagógicas de lo que debe ser la educación del mañana. Nos ofrece una visión particular de las escuelas como centros de vida, en los que la narrativa y el lenguaje emocional deben ser los recursos a utilizar por un docente que actúa no como mero transmisor de información o conocimientos, sino como maestro que acompaña al educando en su proceso vital de humanización.

En la obra se nos presenta el encuentro de dos amigos de la infancia treinta años después, los cuales reflexionan acerca de lo vivido en su colegio, la educación recibida y la educación actual. Resulta imprescindible interrelacionar el pasado, el presente y el futuro, para así lograr una mejor comprensión del porqué de nuestro obrar en cada momento y evitar repetir los errores del pasado. Recordamos, principalmente, lo que ha sido significativo para nuestro vivir. Recordamos una escuela basada en el intelecto y en el deber, caracterizada por la falta de empatía y sensibilidad. Una escuela preocupada constantemente por cuantificar los resultados de la educación, y no tanto, por atender la diversidad de aspectos implicados en los procesos educativos, así como las relaciones interpersonales que se mantienen entre los miembros de la comunidad educativa. Una educación que olvida que su finalidad última consiste en favorecer el proceso de humanización de las nuevas generaciones.

Pero recordar no significa volver a presentar en nuestra mente lo ya vivido, sino recrearlo, ya que la semilla del ayer se convierte en el fruto del presente. Gracias a la Ilustración, el ser humano posee un afán por conocer (razón) y por el progreso ilimitado, y no tanto por todo lo verdaderamente humano (pensamiento creativo, la cultura y la ética). Como consecuencia, la tarea de educar, afirma el autor apoyándose en la película *La Ola*, se encuentra plagada de obstáculos que superar, entre los que cabe citar la «burocratización de la docencia».

Se habla también de la plasticidad del cerebro, es decir, de cómo los aprendizajes iniciales favorecen o dificultan los aprendizajes posteriores, y de cómo el ser humano es el resultado de los conocimientos, influencias hereditarias, educación recibida y de las imprevisibles experiencias que acontecen. Todo ello implica situar al educando como objeto de la educación, no como alguien abstracto, sino como alguien que vive aquí y ahora. En un mundo hipercomplejo donde la brecha generacional se ha visto agudizada por las tecnologías de la comunicación e información, donde las cosas resultan extrañas y familiares, donde se impone la actividad científico-técnica, donde los intereses particulares se anteponen al bien común, etc.

En definitiva nos encontramos en una constante ambigüedad y contingencia. Asumir la incertidumbre e imprevisibilidad de la vida supone abandonar como educadores la seguridad que nos proporciona la enseñanza de aprendizajes instructivos para situarnos en otra educación, aquella que tiene como

finalidad formar personas activas, responsables, que sepan afrontar desde los Derechos Humanos los imprevistos de la vida. La vida de cualquier ser humano se basa en buscar el bienestar emocional, debemos poseer autocontrol de los impulsos emocionales, así como conocer las potencialidades del pensamiento, las emociones y el lenguaje con el que nos relacionamos.

En este sentido, el educador debe reconocer la fragilidad y debilidad del ser humano recién nacido, que no consiste sólo en la falta de conocimientos y esquemas conceptuales forjados en su cerebro, sino también en los valores predominantes en su medio social y en las vivencias que van a influir en la disparidad de formas de reaccionar y de actuar en la vida. Su función consiste en facilitar el aprendizaje, estimular la curiosidad y contribuir a formar ciudadanos autónomos y responsables. Para ello debe adquirir la competencia pedagógica que le aporte el tacto y sensibilidad en la acción educativa.

El autor defiende la educación sexual pero con tacto, claridad, prudencia y sensibilidad, defiende «promover la humanización de la sexualidad», dejando atrás las concepciones tenebrosas, los tabúes y los códigos morales que han circulado siempre alrededor de la sexualidad. Afirma que con la educación sexual habrá una mejor valoración de las relaciones entre ambos sexos, señala que es imprescindible «cuidar el lenguaje en el ámbito de la pareja».

Educar para la vida no es lo mismo que educar para ganarse la vida. Esta última es el resultado de una instrumentalización de la educación propia de sociedades capitalistas, mientras que la

primera de ellas se centra en lo cualitativo, lo ético y emocional. El ser humano debe conocer y conocerse a sí mismo, pensar en el futuro, reinterpretar el pasado y reflexionar sobre el presente.

Educar para la vida implica admitir que vivimos en una sociedad regulada por los principios del sistema capitalista, para reconocer la necesidad de formar a las personas en capacidades humanas o habilidades no cognitivas que frenen el apego a lo material. Educar para la vida conlleva aceptar que el riesgo y el miedo han estado y van a estar siempre presentes en el ser humano. Supone reconocer la relación entre el ser humano y el ser cultural entendiendo la muerte como un acto involuntario y dramático, y la vida como un acto altruista, cuya misión debe ser crear más vida.

La educación para el vivir humano debe fomentar el diálogo intercultural, la tolerancia y comprender las diferencias. Todo esto requiere de una acción conjunta, es decir, de un quehacer cooperativo. Sin embargo, la relación entre la educación y la vida ha sido, y continúa siendo, algo inusual tanto en las aulas como en la mayoría de las familias, especialmente con la disminución del diálogo y numerosas interrupciones en la comunicación entre padres e hijos.

Aunque siempre ha habido cierto temor a hablar sobre la vida y el vivir humano, debemos tomar conciencia de qué herramientas se dispone para afrontarla y qué mundo deseamos y queremos construir. Con este libro, José María Asensio pretende promover una educación basada en la vida, es decir, una educación que facilite las experiencias que contribuyan a la

comprensión de la condición humana, la singularidad que representa cada sujeto y el contexto sociocultural donde se desenvuelve.

Tirso Valcárcel-Resalt Castillo  
M.<sup>a</sup> Ángeles Hernández Prados